



## *Ciencia, medicina y farmacia en la Sevilla del siglo de oro*

*M<sup>a</sup> Teresa López Díaz*

La Historia de Sevilla durante el siglo XVI constituye un capítulo importante de la Historia de España, y aun de la Historia Universal. Designada como sede del monopolio y puerto único de las Indias, se convirtió en un auténtico emporio financiero. El torrente de riqueza que se derramó por la ciudad y el cúmulo de novedades, provocó una revolución en todos los órdenes de la vida, cuyas consecuencias, como escribiera Domínguez Ortiz, se dejaron sentir, por supuesto, en Sevilla antes que en ninguna otra parte.

Ciudad tradicionalmente respaldada por un rico entorno agrario y de activo comercio con el norte de África y el occidente mediterráneo, el descubrimiento de América y la instalación de la Casa de Contratación (1503) y del monopolio del trato con las nuevas tierras, cambiaría su destino para convertirse en uno de los primeros puertos del mundo. No significó, sin embargo, este cambio el abandono de sus actividades tradicionales, y merced a ello, pudo sobrevivir, aún pujante, a la pérdida del monopolio americano y a otros reveses graves, como las continuas presiones fiscales y la mortandad de 1649.

A todo lo largo del siglo XVI, la ciudad crece y se encumbra al mismo acelerado ritmo con que se incrementa el tráfico comercial con las Indias. Sevilla recupera entonces, y aún multiplica de modo portentoso la relevancia social y cultural que tuvo en la época almohade. El crecimiento que la ciudad experimentó durante esta centuria, además del puramente vegetativo, fue debido en gran parte al elevado número de personas que emigraban a ella atraídas por sus posibilidades y riquezas, convirtiéndose en esa gran Babilonia, término por el cual se la conocía entre truhanes, pícaros y aventureros de toda ralea. En ella se establecieron mercaderes, banqueros, hombres de negocio, artistas, intelectuales, religiosos y buscavidas procedentes de diversos lugares de la Península (burgaleses, vizcaínos, catalanes, gallegos), pero también un gran número de extranjeros: italianos (genoveses, florentinos y pisanos), flamencos, alemanes, franceses, británicos y portugueses, que crearon importantes grupos de presión en la vida económica de la ciudad y comercio con Hispanoamérica, además de tener incidencia en el terreno artístico y cultural. Merced a este crecimiento poblacional, la ciudad pudo ir compensando las numerosas pérdidas que le afligían las epidemias.

El empuje demográfico y la prepotencia económica traen consigo, como era previsible, una intensa expansión urbanística. Casi sin cambiar sustancialmente su estructura urbana y viaria de ciudad medieval, vio crecer y remozar sus edificaciones y caseríos. Edificios públicos como el Ayuntamiento, la Audiencia, la Casa de Contratación, llamada también Casa del Océano, la Lonja de Mercaderes, la Aduana o la Casa de la Moneda mostraban a propios y extraños la pujanza de la ciudad. La boyante coyuntura económica de la ciudad se refleja así mismo en la creación de nuevas áreas urbanas: se abren nuevas plazas y alamedas, se ensanchan los barrios, proliferan los patios de vecindad y crecieron los arrabales fuera del recinto urbano.

Los tesoros que llegaban desde las Indias por el Guadalquivir supusieron evidentemente un foco de poderíos y, a la vez, la llave de una puerta que se abría a otros horizontes, a otros enriquecimientos culturales. La poesía, la novela, la pintura, la arquitectura, la música, el teatro, la escultura y las artes decorativas se manifiestan

generalmente en el reino de Sevilla como en ningún otro lugar de España. Una importante pléyade de humanistas y eruditos ilustraron la ciudad del Quinientos: entre ellos, Benito Arias Montano, Gonzalo Argote de Molina, Alonso de Morgado o Luis de Peraza. A su lado trabajaron los científicos: economistas, como el dominico Tomás de Mercado, cosmógrafos, como Pedro de Medina o Martín Cortés, y médicos, como Bartolomé Hidalgo de Agüero o Nicolás Monardes.

Muchos de ellos publicaron sus obras en la naciente y pronto activa imprenta sevillana, que fue una verdadera industria de exportación y de donde surgieron los primeros incunables, entre ellos el primer libro impreso sevillano conocido, la obra de Alonso Díaz de Montalvo *Repertorium questionum super Nicolaum de Tudeschis*, editada en 1477. La imprenta sevillana contó con nombres como el alemán Jacobo Cromberger, primer editor de Erasmo en la ciudad, o con científicos convertidos en impresores, como Monardes, y sirvió de precedente a la imprenta americana, que recibió su primer equipo desde Sevilla en 1539, del mismo modo que desde Sevilla viajó al Nuevo mundo la primera botica en 1514. A lo largo de la centuria se publicaron en Sevilla el mayor número de libros científicos, con una sexta parte del total de la nación, superando a otros centros urbanos como Valencia, Madrid, Barcelona, Valladolid o Salamanca.

Este elevado número de publicaciones científicas, junto con el hecho de que en la Sevilla del Quinientos residió la mayor comunidad científica del país, reuniendo aproximadamente el 15% de las personas que dedicaron su vida al cultivo de la ciencia y de la técnica, prueban el formidable empuje que experimentan las ciencias en el siglo XVI en nuestra ciudad, hecho que contrasta con el desierto científico que experimentó en el siglo XV. La Casa de la Contratación fue el máximo organismo que promovió el alto nivel científico. Las funciones científicas que se le asignan, expresan bien a las claras el interés o los intereses y las necesidades de entonces, economía (metales) y navegación (cartografía, náutica). Fue un organismo burocrático, encargado de entender en la organización de las expediciones a América, como un centro interesado en la formación de pilotos y maestros y en trabajos geográficos. Dentro de esos últimos hay que incluir el estudio de la flora y fauna del Nuevo Mundo y la expedición a éste de especies vegetales y animales procedentes del Viejo.

Este interés por las nuevas especies y productos, en el que incidieron tanto intereses comerciales como puramente científicos, así como una mezcla de ambos por parte de las propias autoridades centrales, se manifestó muy pronto, prácticamente con la llegada misma de Colón. También otras naciones de Europa mostraron su curiosidad que fue parcialmente saciada, y excitada a la par, por escritos, descripciones y relaciones, como las del humanista italiano, al servicio de los Reyes Católicos, Pedro Mártir de Anglería, quien fue, con sus *Décadas y Epístolas*, uno de los primeros y principales pregoneros.

Para Sevilla y en Sevilla fue decisivo el cultivo de las ciencias naturales. Los naturalistas vieron como sus obras se editaban en Sevilla y cultivaron en la ciudad la botánica en función de la medicina. Gonzalo Fernández de Oviedo, Cronista General de Indias, publicó por primera vez en los tórculos de Cromberger la *Historia Natural de las Indias*, y el jesuita José de Acosta dio a conocer en 1590 su *Historia moral y natural de las Indias*, traducida al inglés en 1604. Este interés por las nuevas especies y productos se materializó también en la creación de jardines botánicos y colecciones de Historia Natural. De unos y otros, tan concordados además con la mentalidad renacentista, contaría pronto Sevilla con varios.

El médico sevillano Simón de Tovar se dedicó con éxito a cultivar numerosas plantas medicinales venidas en gran parte de las Indias. Tovar llegó a publicar catálogos anuales de plantas y mantuvo correspondencia con colegas de media Europa. Así mismo, dio a conocer, traducidas al latín y al francés, obras de García de Horta. También el famoso médico Nicolás de Monardes dispuso de un jardín en su casa de la calle Sierpes, donde aclimatava las plantas americanas con las que luego experimentaba nuevos remedios curativos. El resumen de su experiencia la sintetiza y recoge en su obra *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en medicina*, que apareció en tres partes entre los años 1569 y 1574, donde escribió, entre otras muchas plantas americanas, sobre los antisifilíticos como el guayaco o palo santo, la zarzaparrilla y la raíz de China. Pero el que parece haber sido más famoso y cumplido en la época fue el perteneciente al Caballero Venticuatro Gonzalo Argote de Molina, que mereció la atención de Felipe II quien, en efecto, fue a visitarlo durante su estancia en Sevilla. Muy interesante debió ser igualmente las especies ultramarinas recogidas por el licenciado Zamorano quien, como señalaba el cronista, *\*como examinador de maestros de la carrera de Indias, cada maestre que va tiene a dicha traerle alguna cosa nueva o extraordinaria y así tiene las paredes de los portales de su casa todas llenas de estas conchas, peces y animales muy de ver+*. El propio Arias Montano constituye un buen exponente del interés que en general debió haberse despertado en Sevilla. El gran humanista había creado en su finca Campo de Flores, en Charco Redondo, próxima a Sevilla, una colección importante y se dedicó al estudio botánico, dejando escrita una obra al respecto, *Naturae Historia*, que concluyó en 1593 y fue publicada después de su muerte. Dado el interés que la colección debía tener, además que probablemente por la devoción que el rey le profesaba, éste mandó que se conservase el jardín una vez fallecido el humanista. El mismo Alcazar sevillano, por último, parece ser que albergó en sus jardines notables especies venidas de Indias.

Este florecimiento botánico y farmacéutico se reflejó indudablemente en los hospitales sevillanos y es lógico presuponer que, en determinados aspectos, como lo testifican, por ejemplo, las obras de Monardes, los enfermos sevillanos fueron de los primeros en experimentar los nuevos productos medicinales. Por ello, así como por su elevado número de habitantes, por sus médicos y por la elaboración y difusión de obras médicas, Sevilla fue plaza importante en la medicina de la época, si bien la importancia de la ciudad como núcleo difusor del saber "científico" no guarda relación con la importancia de su Facultad médica. En la primera mitad del siglo XVI, la actividad docente en la Facultad de Medicina, tuvo una mínima expresión y el establecimiento de las cátedras se descuidó durante bastantes años. Pero paralelamente a la enseñanza oficial existía una "enseñanza libre" de la medicina en los hospitales de la ciudad, donde los estudiantes aprendían la práctica médica al lado de prestigiosas figuras y después se graduaban en la Universidad con las formalidades que fueron establecidas. Gracias al doctor Bartolomé Hidalgo de Agüero y a otros profesionales, el Hospital del Cardenal funcionó como centro complementario y sustitutorio de la enseñanza de la medicina de la Facultad universitaria, especialmente en Anatomía y Cirugía. En él se llegaron a practicar disecciones de cadáveres y los estudiantes hacían allí sus prácticas médicas. El hospital alcanzó su cima a finales del Quinientos cuando su Cirujano Mayor Bartolomé Hidalgo de Agüero hace su gran aportación a la cirugía renacentista española respecto al tratamiento de las heridas por arma blanca. Además del Hospital del Cardenal, otros hospitales sirvieron también de centros de enseñanza de la medicina, como el Hospital del Amor de Dios o el Hospital del Espíritu Santo, donde trabajaron figuras relevantes

de la medicina como Andrés Zamudio de Alfaro, Francisco de Ancona, Andrés Hurtado de Tapia o Francisco Ximenes Guillen.

Este florecimiento médico, junto con el florecimiento botánico, artístico y literario, amén del económico, ejemplifica, a no dudarlo, la vertiente esplendorosa de la Sevilla que se inscribe más o menos en el reinado de Felipe II, es decir, en la segunda mitad del XVI. Hay, no obstante, otro perfil ciudadano no tan visible quizá pero igualmente significativo: el marcado contraste que presenta la ciudad entre las grandes riquezas que circularon por ella y el vasto sector de población necesitada. La marginación, la esclavitud, la delincuencia, la mendicidad proliferan en Sevilla justamente cuando Sevilla se convierte en uno de los más deslumbrantes emporios económicos del mundo occidental, era la trastienda de la prosperidad, el contrapunto obligado del poderío económico. A ello habría que añadir las abundantes amenazas naturales y las diversas calamidades públicas. El alza de los precios, las fluctuaciones climatológicas y las calamidades endémicas fueron agravantes que contribuyeron a que se acrecentase aquella población miserable y desposeída que ya moraba en la ciudad, con la que por añadidura apareció abundantemente atraída por el magnífico reclamo que presentaba, por contraste, la fama de la riqueza y caridad hispalense.

Hambre y enfermedad se convertían en vocablos sinónimos. Las seis hambrunas galopantes que padeció la ciudad durante esta centuria, como consecuencia de los años de sequías, malas cosechas y plagas de langostas, y en las que miles de personas perecieron literalmente de hambre, facilitaron la propagación de algunas enfermedades y en general la letalidad de muchas de ellas, siendo las dolencias pestilenciales las más terribles de todas las padecidas. Las pandemias de peste bubónica o \*landres+, tífus exantemático o \*tabardillo+ y otras no menos cruentas variantes de carbuncos y fiebres infecciosas, constituyen, sin duda, una especie de periódica maldición que va desmoronando la estabilidad poblacional de Sevilla. La peste visita Sevilla entre 1505 y 1510. Después del respiro habido entre 1510-1520, la ciudad sufre de nuevo el castigo pestífero durante el cuatrienio de 1520 y 1524. Sobre la peste de 1524 tenemos el testimonio indirecto del insigne médico Francisco Franco, quien en 1569 publicó en esta ciudad su *Libro de las enfermedades contagiosas y de la preservación dellas*, valiosa obra que destaca entre la frondosa bibliografía de la época, donde aporta datos y detalles muy curiosos sobre las causas, pronósticos y remedios contra la peste. A partir de 1524 la enfermedad aflora intermitentemente en cada década, salvo en la del 70, cerrándose el siglo con la padecida en 1599-1601, la más importante de todas las que había afectado la ciudad, atestiguada por una notable producción bibliográfica coetánea sobre el tema. Sevilla con Madrid ostenta la primacía en cuanto a literatura impresas sobre la enfermedad. Sobre la peste escribieron, además de los ya mencionados, los médicos sevillanos Ildelfonso de Herrera, Juan Carmona, médico de la Inquisición en Llerena, que ejerció en Sevilla, Francisco de Figueroa, Andrés Zamudio de Alfaro, Pedro de Peramato y Juan de Carvajal, médico y catedrático de la Universidad de Sevilla

Aunque la peste fue sin lugar a dudas la más terrible de las afecciones padecidas, a lo largo de la centuria se manifestaron también otras enfermedades con carácter más o menos violento: el \*moquillo+, el tífus o tabardillo, la viruela, el sarampión, el paludismo, el mal denominado catarro, las afecciones gripales, la tisis y la sífilis.

La sífilis, mal gálico o mal de bubas, ocupará un lugar destacado entre las enfermedades consideradas como nuevas por los médicos renacentistas debido a su naturaleza, modo de producirse el contagio y significación social. Las noticias sobre la incidencia que esta \*nueva peste+ tuvo en Sevilla, quedan relegadas en las fuentes

literarias y documentales de la época en relación con el interés que dedican a la peste. No obstante, la propagación de la enfermedad en los últimos años del siglo XV y primeros del XVI queda reseñada en las sucesivas demandas que los cofrades del Hospital del Salvador, llamado también de San Cosme y San Damián o de las Bubas, hacen ante el cabildo de la ciudad pidiendo recursos para atender al elevado número de enfermos que ingresaban cada año. El auge experimentado por la sífilis en la ciudad a lo largo del siglo XVI, y el hecho de que el Hospital de San Salvador fuera por entonces el único en la ciudad donde se trataba dicha enfermedad, hizo necesario su traslado a un edificio de mayores dimensiones donde poder atender al elevado número de contagiados que llegaban al centro.

La extensión de la sífilis, así como de otras enfermedades ya apuntadas, sobre todo entre el elevado número de indigentes que moraban en la ciudad, planteó a lo largo de todo el siglo XVI graves problemas morales y médicos. Para remediar tanta miseria y poder atajar en parte la propagación de las enfermedades, la iniciativa eclesiástica, por un lado, y la estatal y particular, por otro, dieron vida a centenares de instituciones benéficas, unas de tipo benéfico-asistencial y otras donde se prestaba una asistencia médico-sanitaria. No obstante, en el tercio final de la centuria, la mayor parte de ellas presentaban evidentes síntomas de decadencia, por lo que se procedió a su reducción en el año 1586, en orden a racionalizar y unificar el sistema hospitalario para mejor aprovechamiento de los recursos existentes. Sin perder el carácter benéfico y religioso que hasta entonces tenía la institución hospitalaria, se pretendió darle una proyección pragmática: un carácter más sanitario y social propio de los tiempos modernos.

A partir de la expresada fecha, Sevilla contó con nueve hospitales de carácter médico-sanitario, dedicados cada uno de ellos al tratamiento específico de una determinada enfermedad. No obstante, y pese a la amplia capacidad ocupacional de los mismos, este número no era suficiente para remediar la trágica situación de los cuantiosos mendigos y enfermos que todavía a finales del Quinientos pululaban por la ciudad. Ello se pone bien de manifiesto en las Actas de cabildo de 1594, donde se señala, en el ámbito de la salud pública, el elevado número de indigentes enfermos que no tenían *\*donde acogerse, ni quien mirase por ellos, y se morían por las calles\**. Dramático contraste de una ciudad renombrada por su opulencia y a la vez aquejada de mil desgracias y enfermedades cotidianas a las que no podía escapar.